



## SEXTO DÍA DE PREPARACIÓN A LA RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN PERSONAL Y DE ESPAÑA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

**Día 4 de junio: creados para ser amados y para amar a Dios.**

Ayer vimos cómo el Amor de Dios está en el origen de todas las cosas, de nuestra existencia. Hoy vamos a continuar profundizando en este amor divino.

El amor siempre tiende puentes, hace de dos o más una sola cosa. Por eso, tiene en su naturaleza, siempre dos movimientos: primero, la entrega; y segundo, el deseo de que aquello que se entrega sea acogido por el otro. En efecto, uno no puede amar sin desear al mismo tiempo ser correspondido en su amor, ser amado por la persona a la que ama.

Esta realidad no es solamente propia del amor humano, sino también del amor divino. La Sagrada Escritura nos habla de muchos momentos en los que



Dios muestra su deseo de ser amado. A nosotros, contemplar los deseos que Dios tiene de nuestro amor, nos prepara para hacer una verdadera consagración, una verdadera dedicación de nuestra vida a su amor.

Ya en la manera en la que el capítulo dos del Génesis nos cuenta la creación del hombre, nos da pistas de cómo al crearnos, deseaba ya nuestro amor, puesto que nos creó para una alianza, para un pacto de amor.

El primer capítulo de la Biblia llama a Dios *Elohim* (cf. Gn 1,1); sin embargo, el segundo utiliza el nombre de Yahveh, es decir, el nombre que reveló a Moisés (cf. Ex 3,14) de cara a la Alianza o pacto de amor que Dios quiere hacer con el hombre. Veámoslo:

En primer lugar, la misma descripción del paraíso recuerda al templo, que es el lugar de la presencia de Dios, y dónde éste se pasea para estar con el hombre. Además, el texto usa el nombre revelado por Dios en el lugar de la Alianza: Yahvé. Por otra parte, el sueño de Adán antes de ser creada Eva remite al sopor que cayó sobre Abraham en la alianza que



Dios hizo con él (cf. Gn 15,12); y por último, la expresión “hueso de mis huesos...” remite a la alianza del rey David (cf. 2 Sam 19,10-15).

Ahora bien, esta Alianza que Dios establece con el hombre en la creación implica una comunión tal, que sugiere una unión esponsal, cuyo origen está en el costado de Cristo.

El texto del Génesis admite dos niveles de lectura. Adán es, por una parte, el prototipo del hombre y, por otra, es también anticipo de Jesús, del “primogénito de toda criatura” (Col 1,15). Además, Adán, que está incompleto sin Eva, es también Cristo, que “necesita” del amor de su Iglesia. Adán pasa por el sueño como Cristo pasará por la muerte para dar vida a la Iglesia. La esposa nace de su costado: símbolo del amor que se entrega, que da de sus entrañas. Así se expresa la intimidad entre Cristo y su Iglesia, entre Dios y cada uno - “ecclesia vel anima”.

Todas estas bellas imágenes se hacen realidad en el Verbo de Dios encarnado, “una sola carne” con la humanidad, y en su corazón abierto. En términos semejantes llegó a expresarse Santa Teresa del Niño



Jesús: **“Tú sabes que yo no veo el Sagrado Corazón como todo el mundo. Pienso que el Corazón de mi Esposo es para mí sola, como el mío es para Él solo,** y le hablo entonces en la soledad de este delicioso **corazón a corazón** esperando contemplarlo un día cara a cara” (14 octubre 1890).

Las palabras de la Alianza, que tantas veces se repetirán a lo largo de la Escritura, *vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios* (Ex 6,7), apuntan a ese pacto de amor que termina siendo una dedicación de la vida. Dios nos desea para sí, desea nuestro amor completo, nuestra consagración.

Concluamos este sexto día de preparación diciéndole a Dios: *Padre eterno, te amamos; acogemos tu amor infinito por nosotros; correspondemos al amor que nos tienes, que se remonta al origen del mundo, pues nos elegiste en Cristo antes de la formación del mundo, para que fuésemos tuyos, santos por el amor. Nos entregamos a ti, de la mano de María, que te amó perfectamente.*

*Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve. A ti*



*llamamos los desterrados hijos de Eva. A ti suspiramos  
gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea,  
pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros  
esos tus ojos misericordiosos, y después de este  
destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu  
vientre. Oh, clementísima, oh piadosa, oh dulce  
siempre Virgen María.*

*Ruega por nosotros Santa Madre de Dios, para que  
seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro  
Señor Jesucristo. Amén.*